

## Jorge Valbuena

Especialista en Creación Narrativa de la Universidad Central. Cuento ganador del Premio Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá 2014.

*Cada árbol se conoce por su fruto.*  
LUCAS 6:43

A La Meca se entra con palanca, por recomendación, por algún conocido que lo ayuda allá con los duros. Vea, si usted quiere, yo le puedo ayudar, pero no directamente, sino que lo pongo en contacto con una persona que le dará todas las indicaciones. Lo que pasa es que a mí ya no me creen. Desde que estoy aquí, lo único que recibo son amenazas y malas razones: que, al menor alarido, me mandan matar, que, si digo algo, soy hombre muerto, que pilas con mis movimientos. Pero yo no soy así, yo no los voy a vender. No necesito hacer eso para que cada uno vaya cayendo, como le pasó a El Pato, a Comejenes, a Erika, a Pastor. Además, no me interesa. Uno no dice nada y vea, solitos los van encontrando en cualquier esquina, rodeados por ellos mismos, mostrando los colmillos que siempre se han guardado. A mí los colmillos me los cortó el amor, o la casualidad, o alguna cosa parecida a eso, porque, aquí donde me ve, yo también debería estar muerto... Eso es lo que creo. Usted allá puede llegar hecho todo un cabrón, que esto es así y así, y se lleva por delante al que quiera. Y los primeros meses se llena de plata y se gana el respeto de los que van llegando. Y aprende a mandar y hasta se gradúa con honores en la moral y buenas costumbres para esas cosas de robar. Hasta que un día se mira al espejo y se da cuenta de que ya no existe.

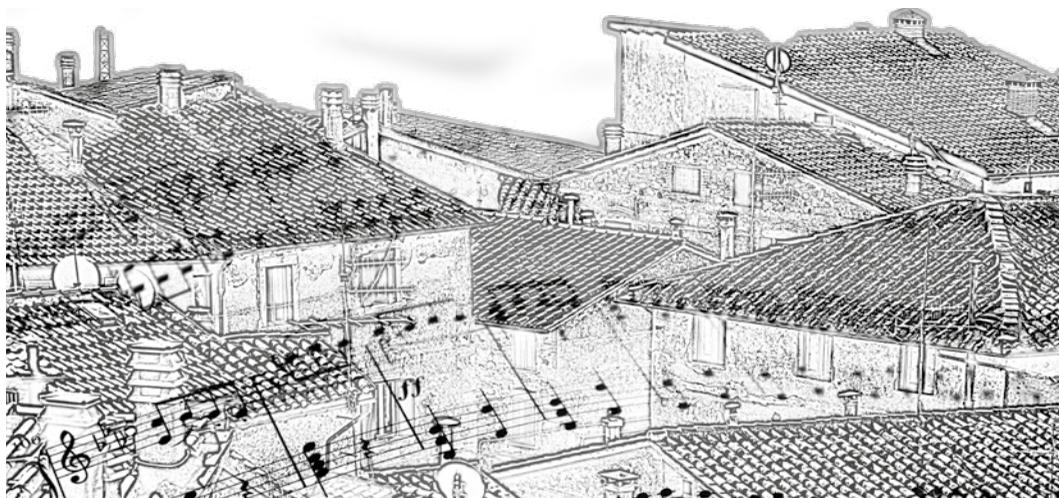
Si usted quiere, yo le puedo ayudar, le digo a ese tipo que lo instale en algún grupo, que le den una función, un encargo. Y allá usted si se deja ganar de esa vuelta o viene mejor a hacerme aquí compañía. Porque yo, así como usted, me vine de ese pueblo para conseguir mejores oportunidades y huírle a tanta persecuidera. Pero nada, aquí todo empeora y uno ni se da cuenta. A uno aquí le toca es morder más fuerte el anzuelo para no ahogarse, porque todos llegan huyéndole a un anzuelo y terminan buscando otro. Y ese anzuelo para mí fue La Meca. Uno qué se iba a imaginar que esa tienda a donde llegué, pequeña, toda llena de lucecitas de neón y avisos, “Si no lo tenemos se lo conseguimos”, “Últimos modelos importados para usted”, “No busque más, lo atiende el inventor”, y de marcas de lo último en tecnología, iba a ser lo que es y a convertirse en lo que es ahora. Además, yo nada que ver con tanto aparato. Eso de conocer los últimos modelos, las mejores marcas, los precios en dólares y en euros, las formas de activar y desactivar, de crear un mercado, ¿cuándo? Pero fue lo que encontré. No había nada más. Desde el primer día me di cuenta de que eso no iba para ninguna parte. Todos ahí saben que eso no va para ninguna parte, pero siguen hacia allá. De una, apenas entré, El Pato me ordenó un encargo, ese mismo día, qué contratos ni qué ocho cuartos de eso que dan en todos los trabajos. Por la tarde, después de almorzar, ya estaba en busca de un Samsung Galaxy

Note, así lo anoté en un papelito, en buen estado, sin rayones ni marcas, que el cliente lo esperaba a los dos días, que esa era mi prueba, me dijo. Y yo miré el modelo de esa vaina con detalle, porque muchos se parecen, y salí con Pastor, que tenía un encargo diferente ese día. “Usted tiene que ir mirando a la gente con cuidado —me decía— hasta que da en algún lugar de la ciudad con su encargo, ahí, puestecito en bandeja de plata. Y, listo, se pillan bien en qué lugar lo guardan, si es un bolsillo, un bolso o un morral, y busca la forma de traerlo. Si es muy temprano, no arriesgue y busque varias posibilidades. Pero, si ve que se va poniendo difícil, prenda la alarma y láncese. Con las mujeres es más fácil, a algunas el pánico las anestesia, las deja quieticas. ¡Pilas! Si usted no le llega a El Pato con esa vuelta, comienza mal aquí, después lo cogen de gancho para otras pendejadas”. Así fue. Caminé unas ocho cuadras hacia las universidades, hacia el centro, y empecé a mirar quién podía ser. Estaba asustado, recuerdo que pasaba saliva muchas veces y hasta pensaba que los nervios iban a terminar delatándome. Y justo ahí, mientras cruzaba por el frente de una fotocopiadora, vi el encargo: un pelado, gomelito, todo pintoso, caminaba con una chica, con ese celular pegado al oído. Lo dejé andar, me detuve para amarrar mi zapato sin perderlo de vista, lo pensé, calculé la situación, revisé que efectivamente fuera ese el encargo. No podía fallar, miré alrededor, había mucha gente, pero todos iban de afán, cero policías, me lancé, solo fue jalarlo de su mano y correr entre los carros hasta perderme en una esquina. No fue más, tenía la tarea hecha, mi corazón latía entre asustado y decidido, y mi prueba, lista. Pero lo malo fue cuando se lo llevé a El Pato, se lo entregué y empecé a revisarlo con cuidado. Yo pensé que se iba a alegrar y que se iba a lanzar a felicitarme por mi buen inicio. Pero no. “¿Dónde está el lápiz? Esta mierda no la compran sin eso”, fue lo que me

dijo. Y me mostró la caja en la que yo había visto el modelo, y ahí estaba ese puto lápiz, al lado de la foto del celular. Estoy seguro de que no fue cuestión de mala observación porque para uno el celular es un teléfono y ya, quién iba a pensar que ya venían hasta con lápices y tajalápices. Yo traté de reírme pensando aceptar mi novatada como algo pasajero, pero a El Pato eso no le hacía gracia. Era como si le escupieran la cara, porque enseguida se ponía histérico, como nunca pasaba, nunca había pasado eso, ese *man* no era así, usted debe acordarse, así sea un poquito. Yo a El Pato siempre lo tuve cerca desde el colegio porque se las sabía todas, porque siempre le buscaba una solución a todo en ese hueco en el que andábamos, y El Pato ahí arreglando planchas y licuadoras para ayudar en la casa. Nunca supimos cómo aprendió todo eso, pero era como si hubiera nacido entre cables o heredado un taller de electricidad. Hubo un tiempo en el que en el pueblo todos lo necesitaban, todos preguntaban por El Pato cuando no estaba, lo buscaban para “algún arreglito por ahí”. Por esos días uno se imaginaba hasta a los aparatos dentro de las casas, enfermos, preguntándolo. Y El Pato aparecía como un superhéroe a salvar todo lo que se había dañado, y le daban de comer en todas las casas y le mandaban sus recados de puerta en puerta. Hasta que le dio por montar ese parlante en la torre de la iglesia. Usted todavía estaba muy pequeño, no debe acordarse. Era un parlante pegado a un megáfono que El Pato se había encontrado dañado en uno de sus viajes, y se sentó a arreglarlo con ese cuidado que siempre tuvo. Y, como si nada, sin avisar, un domingo la iglesia del pueblo por fin estrenó campanas. Ese día, todos despertamos al tiempo. La gente se acercaba a las ventanas y salía a las puertas como si el sonido de las campanas tuviera rostro y fuera a pasar a saludarnos, como si se tratara de algún temblor. Todos queríamos mirar las calles del

pueblo atravesadas por esos sonidos. El curita solo ponía el *cassette* en el radio y empezaban a cimbrar las paredes. El parlante inundaba todo, hasta los platos temblaban cuando estábamos tomando sopa. Era un estruendo que a todos nos ponía alerta. Entonces, se nos olvidó que esa iglesia era solo para misas, y los de la Junta de Acción Comunal armaron viaje para comprar un micrófono y otro parlante, y la gente iba y hablaba allá todo el día, que “están todos cordialmente invitados al bazar del día domingo”, que “las exequias de don Avelino serán en la Funeraria El Recuerdo”, que “la misa de primer aniversario, de segundo, de tercero”... Y ahí fue cuando mataron a Julián, el hermano de El Pato. Nadie se lo esperaba, y medio barrio se fue allá a decir lo que habían visto, a desahogarse, a leer acrósticos y a denunciar a los que suponían eran los culpables. Hasta que una noche se subieron a esa torre, usted ya sabe quién, no voy a nombrarlos aquí, y mucha gente lo dijo, muchos lo saben, y bajaron parlante, micrófono y todo hasta que acabaron con el invento. Al cura y a El Pato les tocó abrirse de allá amenazados. Los que nos quedamos pensábamos que eso iba a ser cosa de sana que sana, una mala temporada y ya. Pero lo cierto es que allá las cosas se jodieron más, véase usted nomás sobrino, ¿a qué vino aquí? Por mí, que

me hubieran dado por muerto y no tener que recibir la visita de medio pueblo aquí en la cárcel para ver cómo les puedo ayudar. Cada uno llega con lo suyo, con su petición, con sus deudas y sus dolores y los depositan acá entre el pan y las frutas que me dejan, como si yo fuera el mismísimo Papa o algo así. Y yo hago lo mismo con todos, me la paso atando anzuelos. Allá los mando, a La Meca, así ya no quieran saber de mí, así hayan desaparecido a El Pato, a Pastor, así yo no sepa ya nada de eso. Esa sigue siendo la única posibilidad que nos queda, la sucursal de dolores que nos dejó tanta mierda. Y así fue la historia. Empezó todo con el tal encarguito chistoso ese, y no se tragarón mis risitas. Me tocó salir a buscar el dichoso lápiz. El Pato no iba a recibirme así nomás, sin tener la tarea completa, que porque el modelo era ese y punto. Entonces esa noche trabajé hasta tarde, hasta que di con eso. Acerté con más tranquilidad, sin problemas ni nervios, solamente impulsado por la necesidad de tener eso y ya, descansar. Lo llevé y se vendió, recibí mi comisión y empecé a entender eso de la competencia. La competencia es como una droga que uno se inventa, porque, entre más rápido se consigue algún encargo, más encargos se dan y mejores comisiones, y en esa rutina ya nos habíamos engolosinado. Los clientes cada vez pedían



cosas más exclusivas, más difíciles de conseguir, aparatos que yo en mi vida había utilizado o escuchado. Muchos novatos llegaban allá, así peladitos como usted, y empezaba también la historia para ellos, como siguiendo una cartilla. Les hacían la prueba del lápiz y después aumentaba la carga laboral. Y se aprendía a no ser selectivo, sino a robar lo que se viera a la mano para cuando se pidiera con lápices o sin lápices, para sumar comisión. Guardábamos las ganancias en silencio, una parte de todo para mandar a la casa y a la otra casa, con la esperanza de irnos de visita algún día, un fin de semana libre, algún festivo. Pero con el tiempo nos dábamos cuenta de que no podíamos. Allá todas esas fantasías son diferentes, uno mismo es diferente y aprende a serlo. Entre más tiempo pasaba, más adentro estábamos de La Meca, más parte hacíamos de todos sus demonios. Y es que empezamos a recibir encargos de varias partes del país, a tal punto que ya nos íbamos para cualquier sitio, con todo pago, hechos los ejecutivos a hacer trabajos que merecían ser planeados en equipo, días de observación, reuniones, hoteles lujocitos, hasta que ya podíamos dar con el objetivo. Porque empezaron a llegar encargos muy diferentes, cosas que ni el Pato ni Bibiana se imaginaban. Es posible que a usted lo reciba Bibiana, la mujer de El Pato, que quedó a cargo de todo eso, y que su prueba ya no sea de lapicitos y esas pendejadas, sino de datos. ¿Se acuerda de ella? Pues sí, usted qué va a acordarse, si apenas era un peladito desvirado por ahí. Bibiana desapareció del pueblo cuando mataron a Julián, ella era la novia de Julián, andaban siempre escondidos, juntos y viajando y escondidos. Allá todos sabían que se daban largos viajes y volvían, aparecía un político muerto, alguien amenazado, vacunas, cuentas por saldar. Y no se sabía nada. La parejita no hacía más que viajar sin traer noticias del otro lado del mundo. Pasaban unos cuantos días en casa y desaparecían

otra vez, con plan turístico bajo la manga, hacia alguna parte que nadie había conocido, hacia el mar, hacia otro planeta, era preferible no comentarlo. El día que mataron a Julián en las puertas de la iglesia, cada uno en silencio se preguntó por Bibiana. Ese par nunca se separaba y hasta su propia familia lo único que hizo fue cerrar las ventanas y no salir a buscarla, decidieron darla por muerta, no ponerse a arriesgar a sus hermanas. Nadie la nombró por el parlante cuando salieron a quejarse, cada uno la enterró a su manera en el fondo de cualquier explicación. Que ella estaba muerta, que se había alcanzado a fugar a otro país y se había cambiado de identidad, que había tenido un bebé de Julián y trabajaba en una casa de familia, que la estaban buscando los del efebeí, que se había vuelto loca y estaba en un manicomio; rumores muchos que se tuvieron sobre dónde podía estar. Y yo ya me había olvidado del caso hasta que la vi en La Meca. Casi no la reconozco, me desvió la mirada la primera vez que nos cruzamos, cabello corto, gafas. Ya es otra, mejor que ni la conozca, ni sepa nada de ella, a veces es mejor no saber nada de nada. Sí, datos, sobrino, así es. No me mire con esa cara de extraño porque aquí los datos se venden también, y mejor que cualquier cosa. Pues sí, quién iba a imaginarlo, ya no es el bicho, sino el zumbido lo que cuesta. Y sé que desde que cogieron a media banda a eso es que ahora se dedica La Meca. Eso ya no es una tienda y no ha estado siempre en el mismo lugar, nunca ha tenido lugar. Seguramente, al paso que iban, ya tendrán un local en el cielo, o en el infierno. Vaya uno a saber con qué se va usted ahora a encontrar, sobrino. Porque la cosa empezó a tener otra cara cuando ya no anotábamos la marca del aparato, si el modelo tenía lapicito o no, sino el nombre del que lo llevaba, el lugar dónde podríamos encontrarlo, las vainas que hacía en su vida diaria, las direcciones... Y, sí, usted tiene razón. A lo mejor si nos hubiéramos

mos dedicado a la labor de detectives, en lugar de andar rapando por ahí huesos, nos habría ido muy bien. Pero es que, sobrino, en esa tiendita a nadie le importa negociar, sino salvarse, a su manera, salvarse. Y nos íbamos días enteros a planear los encargos, y tocaba entrar también a las casas y a las oficinas, raptar los bichos y después llevarlos a que les desvalijaran toda su armadura. Era cosa de arriesgar. La cosa podía ponerse peligrosa, pero la comisión a uno lo impulsaba. Lo que uno se hacía en tres semanas atrapando teléfonos y computadores, obligado a ser atleta por las calles y arriesgando algún tropiezo, con eso de los datos, era recuperado en una hora. Además, para los clientes todo era más rápido y más efectivo que buscar un hacker, ¡un hacker!... Es un mancito que se encarga de meterse a los datos que queremos conseguir, pero con claves electrónicas y vainas satelitales de última tecnología y esas cosas. Nosotros íbamos por otra ruta. Sencillamente robábamos el aparato, se decodificaba en poco tiempo y ya el cliente podía ser dueño y señor de la información que quisiera, de la persona que quisiera, su vecino, su enemigo, su amante. Eso fue todo un éxito. Cualquier persona acudía a nuestro servicio, a todos les era útil. Parecía que todo el mundo estuviera ansioso por husmear bajo la piel de los otros. Ya usted me entenderá, sobrino, cuando le coja el tiro a todo eso y hasta se arme sus propias historias. Pero lo cierto es que ahí no vale la pena ser uno. Cuando uno se mete a eso, hay que olvidarse de todo lo demás, olvidarse de sentimientos y pendejadas de esas y, sobre todo, no quedarse ahí, porque uno termina desapareciendo. Y, ya cuando uno se siente muy lejos de uno mismo, lo mejor es salir, tomar aire y volver a respirar... Cosa que yo no pude, no alcancé, habría podido, pero me quedé buscándole más profundidades al vacío. Estuve a punto de irme, se me había metido en la cabeza la

idea de abrirme de ese negocio, desaparecer y ya, dedicarme a lo mío. Pero llegó ese encargo... Al comienzo, significó para mí lo que podría ser cualquier otro encargo, un caso de rutina. El cliente necesitaba entrar a la cuenta de la señorita, robar un par de datos y ya. Él recibe su parte, yo recibo la mía, nos olvidamos del cliente y la señorita puede denunciar, cambiar sus cuentas, todas las contraseñas, ponerse un guardaespaldas, más seguridad, blablablá. Pero esto era distinto, todo menos matar, yo no quería matar, entre mis planes no estaba volverme un asesino ni nada de eso. Pastor me acompañó en esa labor, pero él ya había roto todos los límites. Hablaba mucho de llegar a las últimas consecuencias, de que una tarea se cumplía costara lo que costara; y, por eso, nunca pude confiar en él ni en nadie ahí. La Meca es una jaula con lobos hambrientos y con la puerta abierta, y yo solo vine a conocer el rugido de la jaula cuando estábamos en medio de esa tarea. Resulta que uno de los clientes para el que ya habíamos trabajado volvió a contactar a El Pato y entonces le compró el paquete completo, "banda ancha" vine a saber que le llamaban. Si lo que usted encontraba en los datos recuperados no le gustaba, podía recurrir a otras opciones: alterar la información, bloquearla o, si era necesario, desaparecer al familiar. Parece sencillo, pero yo ni siquiera estaba enterado de las nuevas ofertas y catálogos de la organización, de esos nuevos lujos que se estaban ofreciendo a diestra y siniestra y de toda la gente rara que entonces estaba entrando a la organización. Esa tarde con Pastor nos tomamos una cerveza, reímos un rato. Fue la última vez que lo vi. Esperamos a que la señorita indicada saliera del trabajo, se me hizo raro que en ese caso nuestro objetivo solo llevara un apodo cualquiera, un sobrenombre, *la rubia*. La vimos salir, esperamos en la tienda hasta que se alejó un buen trecho de la calle y, casi sin me-

diar palabra, me fui caminando por uno de los andenes con la intención de jalar su bolso y salir a correr lo más que pudiera. Y así fue. Me acerqué, tomé su bolso y ya estaba listo para desaparecer cuando apareció Pastor, detrás de mí, apuntándole con una pistola. “Ya, déjela, ya tengo el bolso, vámonos”, le decía. Pero Pastor no quiso reaccionar, en los ojos se le veía lo decidido que estaba a dispararle. Y entonces yo me abalancé sobre él, lo tumbe al piso golpeándolo, pidiéndole que me explicara lo que pretendía hacer. Pero solo me lanzó un insulto. “Tengo que matarla, cabrón”, me dijo, y salió a correr por una esquina. La gente se había empezado a aglomerar y yo hui por el otro extremo. No sabía si era rencor, odio, dolor o miedo lo que sentía. No sabía quién era, ni yo, ni ella. ¿Por qué la querían matar? El bolso era brillante y a cada paso que daba parecía reflejar todas las luces de la noche. Me detuve, busqué el celular, lo saqué y boté el bolso con todo y lucecitas entre unos matorrales. No sabía hacia dónde ir, no quería saber ya nada de La Meca, ni de El Pato, ni de encargos. Estaba muy confundido. Quería escaparme de todo. Habría perfectamente alcanzado a hacerlo. Esa noche pagué una pensión lejos de donde acostumbraba quedarme y vi el celular de la rubia rebotar durante horas sobre la madera de la mesa de noche. Un número insistente se repetía en la pantalla. La cabeza me daba vueltas. En medio del frío de la noche un sudor se había instalado en el fondo de mí sin señales de aflojar. Al rato, noté que le quedaba poca carga al aparato y decidí contestar. “No sé quién sea usted, pero puede quedarse con el celular. Lo único que le pido es que me devuelva el chip con los datos, los necesito. Tengo cosas ahí muy importantes”, me dijo con una voz dulce y estremecedora, a punto de quebrarse, voz que ya había escuchado otras veces, pero que en ese momento me despertó otra sensación: la sentí cercana, conmovedora, indefensa, mía. “Escúcheme,

¿acaso no vio que un arma le apuntó y traté de salvarla? No queda mucho tiempo, tiene que irse, alguien la quiere muerta”, fue lo único que alcancé a decir antes de que el celular se apagara. Al otro día compré un cargador para ese modelo. Ya lo conocía muy bien, aunque nunca había tenido uno de esos, y esperé a que volviera a timbrar. Y ahí estaba otra vez la voz de la rubia, desgarrándose, desgarrándome. Que a las doce iba a recibir una llamada importante, que, por favor, le ayudara, que se trataba de asuntos laborales urgentes. Y yo accedí. Solo tenía que decir que la señorita se encontraba ocupada en una reunión y dar un número telefónico, “hasta luego, con mucho gusto, feliz tarde”. Imagínese, sobrino, de ladrón a mandadero. Ni siquiera le había visto los ojos a la rubia y ya era su secretario. “Pero, espérese, usted no debería estar aquí. Piérdase pronto, hay unos matones que la están buscando. Dígame dónde nos podemos encontrar para entregarle su chip y su celular, ¡señorita!” le repetí las veces que pude, pero el teléfono volvía a sonar. A veces era ella, a veces era nadie. Ella llamaba a pedirme el reporte de las llamadas que había recibido. Todo era muy rápido, la escuchaba agitada, me pedía descripciones de la voz, la hora, las razones que le habían dejado. Números, siempre números... A veces nadie llamaba o alguien no hablaba, solo se quedaba en silencio por varios segundos. La buscaban muchas voces distintas. “La señorita está ocupada en una reunión, gusta dejar la razón”, era todo lo que decía, y ahí empezaba a anotarle direcciones, números, códigos. “¿Quién me quiere matar?... ¿Quién me quiere matar?...” fue lo último que le escuché. Ya estaba rodeado. Estaba en el cuarto de ese hotel y golpearon a la puerta muy fuerte, policías, armas, sirenas. Me sentí en una película cuando vi todas esas sombras entrando por la ventana. Les entregué el celular creyendo que era todo lo que buscaban. Pensé que en La Meca me habían usado de

carnada, que me habían vendido, que les había jodido la vuelta y que Pastor había ido allá a envenenar a El Pato. Pero yo estaba tranquilo. Entre estar condenado o no, solo me importaba que la rubia estuviera sana y salva, que el tipo que la quería matar se hubiera quedado viendo un chispero. No sé por qué esa voz que se quebraba me dominó, pensaba en ella, la hacía cantar en mis pensamientos, la desnudaba, me la bebía... Sí, cosa de locos, sobrino. Por eso, a veces pienso que eso fue lo que hice mal, que estoy aquí por eso, que la única condena que merezco es por culpa de sentir. Yo quería ser un salvador para ella, pero no fue así. A veces uno piensa que la historia va a terminar como siempre la ha vivido, como se la han contado desde chiquito. Pero ahí vienen los cambios. Estando aquí vine a entenderlo todo, El Pato, Pastor, el tipo que la quería matar, su exesposo... Me puse a atar cabos. De simple ladrón pasé a ser parte de unos robos millonarios sin saberlo. Bancos enteros robé en una noche, lo que no pude lograr con unos cuantos computadores. ¿Puede creerlo, sobrino? Ríase, tranquilo. Si me hubieran condenado por todo lo que hice en La Meca, estaría purgando una sentencia de unos añitos por un par de robos y esas vainas. Pero no, aquí la cosa es más letal. Vine a ser parte de una orquesta que vaciaba cuentas bancarias en todo el mundo. Y yo que creía que le llevaba la batuta a la pobre rubia, que la iban a matar, que pobrecita. Era el superhéroe que salva a la princesa de las garras de la bestia, y todo resultó ser un cuento chino que nadie se esperaba. Eso de que uno nunca sabe para quién trabaja es muy cierto. A El Pato lo desaparecieron. El cliente que pagaba por el crimen, el exesposo de la rubia, quedó en bancarrota. La rubia alcanzó a lograr su cometido, le exprimió sus cuentas todo lo que pudo. Y entonces el riquito cayó como una plaga sobre La Meca. Puso en evidencia to-

dos los tentáculos en los que nos habíamos ido encerrando a diario. Solo Bibiana alcanzó a escapar, ella nunca estuvo boleteada, El Pato la cuidaba mucho. Se perdió junto a los novatos que apenas estaban pasando las primeras pruebas. Y después me enteré de que Pastor sí alcanzó a matar una noche a un tipo de un taxi que no lo quiso llevar a dónde él le decía. Hasta que lo desaparecieron también. Pastor quería eso y lo hizo en sus horas extras, como un *hobby* que se quiso dar en un descanso. En cambio, a mí me empezaron a buscar por un radar. Yo, que robaba de todos los modelos, solo vine a conocer de radares aquí encanado. Ahí están las pruebas, grabaciones enteras de las llamadas que me hacía la rubia, mi voz desconocida, cambiada, dominada. Nunca sabré a ciencia cierta qué fue lo que me pasó. En cada sesión, la escuchaba mientras fijaban mi condena, y un temblor me estremecía. Aún siento su forma de robar toda mi tranquilidad, una voz cualquiera, como una enfermedad que me obligaba a perderme de mí... No sé, sobrino, esa gente se salvó, me imagino que la rubia estará bronceándose en alguna playa escondida, pidiendo con su vocecita de ángel un *whisky* en las rocas... Me gusta imaginarla y cierro los ojos y me sonrío de vez en cuando. Yo soy, yo fui, el puente para su salvación, así me lo repito todos los días, así quiero creérmelo. Por La Meca me preguntan todos los días. Yo solo digo lo que pienso, que solo fui una sombra de un cabaret en ruinas, como dice la canción. Si quiere, yo le puedo ayudar. Es cosa de un par de días cuadrar los anzuelos. Allá es más fácil entrar que salir. Pero hágame caso, enamórese antes de ir allá. Váyase, así se demore en encontrar, pero lárguese lejos hasta que pueda sentir eso en todo su vacío. Piérdase en usted mismo. Quien no sabe lo que es eso, sobrino, nunca va a entender lo que es matar, cometer un crimen, robar. Sin eso todo siempre será una misma miseria. ■■■